de la tumba! Heme aquí. ¿A qué pregunta quieres que responda? ¿Qué explicación me pides? No me resisto; habla y te responderé.

(Una mujer envuelta en un velo, vestida de negro y con una lámpara en la mano, aparece en el fondo.)

ESCENA SEGUNDA

JOB y GUANHUMARA

GUANHUMARA, oculta en su velo

¿Qué has hecho de tu hermano?

JOB, con terror

¿Quién es esta mujer?

GUANHUMARA

Una esclava allá arriba, pero una reina aquí. A cada cual su día, conde. Ya sabes que este burgo es doble y que los salones de lo alto son cavernas en lo bajo: todo lo que el sol ilumina acata tus leyes; pero todo lo que llena la sombra, ¡oh, burgrave!, me pertenece.

(Lentamente se dirige á él.)

Eres mío; no puedes escaparme.

JOB

¿Quién eres tú, mujer?

GUANHUMARA

Quiero contarte un hecho infame. Era... ¡Ha pasado el tiempo! ¡Han sido muchos los muertos! Los que ahora cuentan cien años tenían treinta entonces.

(Le muestra un rincón del sótano.)

Allí estaban dos amantes. Era lo mismo que hoy, una noche de septiembre. Un frío rayo de luna, entrando por la ventana, dibujaba un sudario sobre la blancura del muro.

(Se vuelve y le muestra el muro iluminado por la luna.)

Como ahora. De repente, con la espada en la mano...

JOB

¡Por favor, basta!

GUANHUMARA

¿Conoces la historia? Pues bien, Fosco, el sitio en que cayó Donato cosido á puñaladas,

(le muestra el banco de piedra)

es éste; el brazo que le hirió,

(sacude el brazo derecho de Job)

es éste.

JOB

¡Hiere tú también, pero calla!

GUANHUMARA

Arrojaron,

(le arrastra duramente hacia la ventana)

ven, por esta ventana, á Sfrondati el escudero y á Donato su amo; y porque los cuerpos pasaran,

(le muestra los tres barrotes descuajados)

uno de los verdugos, con su mano de acero, rompió estos tres barrotes.

(Vuelve á tomarle la mano.)

¡La mano de aquel verdugo es ésta, conde Job!

JOB

¡Por piedad!

GUANHUMARA

Alguien entonces pedía piedad. ¡Oh, vergüenza! ¡Una mujer retorciendo sus brazos para pedir misericordia! El asesino, riéndose de ella, la hizo atar

(designando con el pie una losa)

aquí. Luego él mismo le puso en el pie un anillo de esclava. Es éste.

(Levanta un poco su túnica y le muestra el anillo ceñido á su pie desnudo.)

JOB

¡Ginebra!

GUANHUMARA

Frente muerta, manos frías, ojos vacíos. Sí; mi nombre es dulce en lengua corsa. ¡Ginebra! Estos duros países del Norte lo han trocado en Guanhumara, y la edad, como otro norte que nos hiela y endurece, ha hecho de aquella niña de ojos dulces un espectro lívido.

(Alza su velo y muestra á Job el rostro lúgubre y descarnado.)

Vas á morir.

JOB

¡Oh, gracias!

GUANHUMARA

Espera, anciano, antes de agradecérmelo. Tu hijo Jorge, vive.

JOB

¡Cielos! ¿Qué dices?

GUANHUMARA

Yo fuí quien te lo robó.

JOB

¡Por piedad!...

GUANHUMARA

Llevaba en el cuello este collar.

(Se saca del seno un collar y lo tira á los pies del anciano. Éste lo recoge vivamente y lo cubre de besos. Luego cae de rodillas.)

JOB

¡Por piedad... que pueda ver á mi hijo antes de morir!

GUANHUMARA

Le verás. Es él quien va á venir para matarte.

JOB, levantándose con horror

¡Dios mío! ¡Qué monstruo habrás hecho de él en el misterio de tu cólera, para que de este modo un hijo venga á matar á su padre!

GUANHUMARA

Es Otberto.

JOB, juntando las manos

¡Bendito sea Dios! Yo lo había adivinado en sueños. Pero en él todo es nobleza y rectitud, confías vanamente en que mi Otberto se preste á tus designios.

GUANHUMARA

Escúchame. Tú has hecho tu camino con el sol y yo en la noche. Tú no me has podido oir, porque me he acercado á ti, arrastrándome. Ahora, Fosco, despiértate entre los anillos de la serpiente. Mientras hablabas hace un momento con el emperador, yo estaba en la alcoba de Regina: la he obligado á beber un filtro poderoso; nadie podía evitarlo, ella estaba á solas conmigo... y ahora, ¡mira!

(Entran por el fondo de la galería, á la derecha, dos hombres enmascarados llevando un ataúd, cubierto de un paño negro, y atraviesan lentamente por la escena, á lo lejos. En el centro se detienen.)

JOB

¡Un ataúd!

(Job levanta con horror el paño negro. Los hombres enmascarados no se oponen. El conde alza también el sudario y aparece un rostro pálido: es Regina.)

¡Regina!

(A Guanhumara.)

¡Monstruo! ¡La has hecho morir!

GUANHUMARA

Todavía no. Yo tengo la costumbre de estos juegos peligrosos. Para todos los demás, Regina está muerta; para mí, duerme. Si quiero...

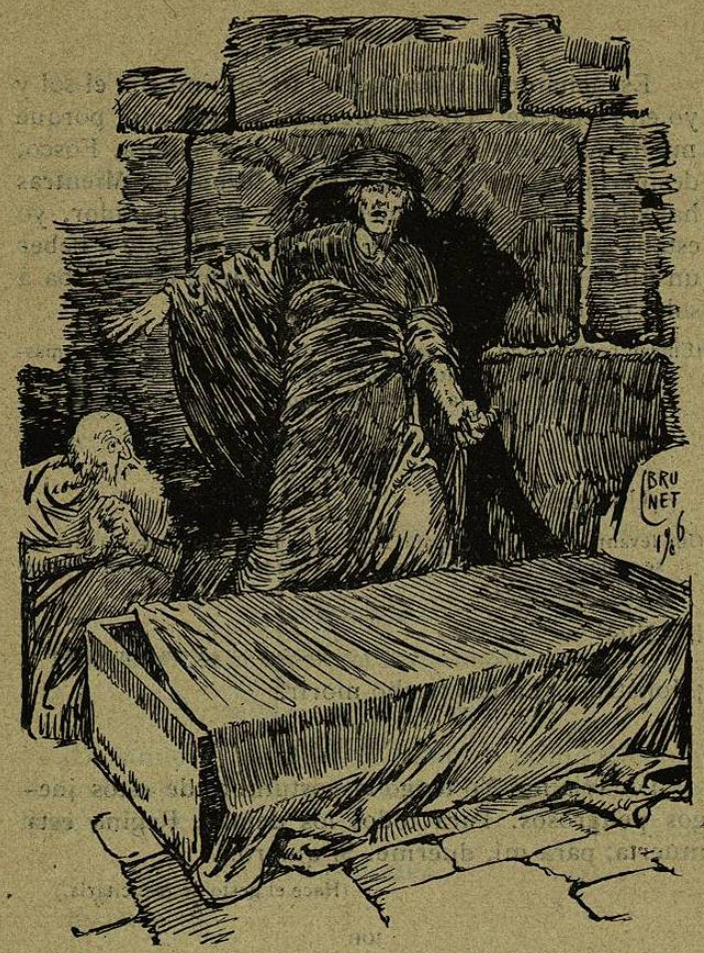
(Hace el gesto de resucitarla.)

JOB

¿Qué me quieres para despertarla?

GUANHUMARA

Tu muerte. Ya lo sabe Otberto; y él es quien tiene que escoger.



(Tiende la mano derecha sobre el ataúd.)

Juro, por la eterna huella que imprimen las injurias en el alma, por la Córcega del cielo de oro y del sol devorador, por el frío esqueleto que duerme en el torrente y por este muro, donde hay manchas de sangre, que este ataúd no saldrá vacío de aquí.

(Los dos hombres portadores del ataúd, vuelven á ponerse en marcha y desaparecen por el lado opuesto al que entraron. A JOB.)

Que él escoja. Ella ó tú. Si quieres huir, huye. Otberto y Regina morirán. Están en mi poder.

JOB, escondiéndose el rostro con las manos

¡Qué horror!

GUANHUMARA

Acepta el sacrificio, muere y Regina vivirá.

JOB

Escúchame. ¡Una súplica! Morir no me importa. Toma mi vida, toma mi cuerpo, toma mi sangre, pero no hagas cometer un crimen al que es inocente. Conténtate, mujer, con una sola víctima. Surge á mis ojos un mundo extraño. Mi crimen ha hecho germinar aquí, en la sombra, entre las carcomas de estos montes todo un infierno, por el que pululan los ángeles negros nacidos de las gotas de sangre que cayeron de mi puñal sobre estas losas. El crimen es un sembrador que sólo siembra el mal; ya lo sé. Tú has sabido cogerme en tu círculo siniestro. ¿Qué más quieres? ¿No soy yo tu presa? Es justo, has hecho bien y yo te veo llegar con alegría; pero no manches la frente de mi hijo, el último. ¡Cómo! ¿Quieres que entre aquí puro, noble y sin mancha, y que salga de estas bóvedas llevando el estigma que llevo yo, Caín? Ginebra, ya que juzgasteis necesario robármelo á mí, viejo que había puesto en él mis esperanzas, cuando sentía cercano mi sepulcro, no quiero ahora echároslo en cara. Vos lo robasteis y lo guardasteis á vuestro lado y le evitasteis todas las penas á la dulce criatura, ¿verdad? Vos habéis visto—y yo envidio vuestra felicidad—abrirse su ojo de águila interrogando á la vida; y su hermosa frente buscar, para dor-

mirse, el calor de vuestro seno; y nacer y apuntar su joven alma... Pues bien, es vuestro hijo, es tan vuestro como mío, yo os lo digo. ¡Oh, ya he sufrido bastante; ya estoy castigado! El día en que vinieron á anunciarme que Jorge estaba perdido... que habían visto pasar á alguien llevándoselo... creí volverme loco. Ya os lo habrán dicho; no exagero. ¡Mi hijo ha desaparecido!, exclamé; y caí en tierra desplomado. ¡Pobre niño! ¡Oh, cuando recuerdo aquel momento! Estaba jugando... jugando entre unos rosales... Todo esto es horrible, ¿verdad? ¡Cuando os digo que he sufrido mucho! Pues bien, no hagáis ahora un crimen más espantoso que el mío. No manches este espíritu todavía noble y puro. ¡Oh, si en tu pecho palpita un corazón...!

GUANHUMARA

Ya no tengo corazón. Tú me lo arrancaste.

JOB

Sí, ya quiero morir; estoy decidido. Pero no á manos de mi hijo.

GUANHUMARA

Aquí mató el hermano al hermano. Mate ahora el hijo al padre.

JOB, de rodillas, con las manos juntas, arrastrándose á los pies de GUANHUMARA

¡Concédele otra muerte á mi miseria! ¡Yo te lo ruego!

GUANHUMARA

¡Ah, maldito! Yo también te rogaba, ya te lo he dicho, con el seno desnudo, loca, desesperada. ¿No recuerdas que, por fin, levantándome en delirio, te

grité: ¡soy corsa!, y que te amenacé? Pero, entonces, tú, arrojando al foso tu víctima, me rechazaste con el pie y me dijiste: ¡Véngate, si puedes! Hoy puedo, y me vengo.

JOB, siempre de rodillas

Mi hijo no te ha hecho ningún mal. ¡Gracia para él! Estoy llorando. ¡Mírame! Recuerda que te amaba, que me mordían los celos.

GUANHUMARA

¡Cállate!

(Levantando los ojos al cielo.)

Es una impiedad que, bajo tantos crímenes, esta pareja siniestra, oculta en estos abismos, todavía se atreva á pronunciar, amor, tu nombre sagrado.

(A Job.)

Pues bien, yo también amaba. ¡Devuélveme á mi Donato! ¡Devuélvemelo, fratricida!

JOB, levantándose, con sombría resignación

¿Sabe Otberto que ha de matar á su padre?

GUANHUMARA

No. Para salvar á Regina, sin conocer tu verdadero nombre, ha de herir en la sombra.

JOB

¡Mi Otberto!

GUANHUMARA

Sabe, como saben los verdugos, que castiga á un reo. Nada más. Muere oculto, si quieres. No le hables para que no te reconozca. En eso consiento.

(Desata su velo y se lo arroja.)

JOB, apoderándose del velo

¡Oh, gracias!

GUANHUMARA

Oigo pasos. Encomienda tu alma á Dios. Es él. Yo me oculto. Todo lo oiré. Voy á guardar á Regina en mi antro. Acabad pronto.

JOB, cayendo de rodillas junto al banco de piedra

¡Justo Dios!

(Se cubre la cabeza con el velo negro y permanece arrodillado, inmóvil, rezando. Entra por la parte derecha de la galería un hombre enmascarado como los dos de antes, llevando una antorcha. Hace signos de que entre á alguien que le sigue. Es OTBERTO. OTBERTO, pálido, vacilante, perdido. En el momento en que OTBERTO entra y mientras habla, no hace JOB un solo movimiento. En cuanto OTBERTO sale á escena, desaparece el hombre enmascarado.)

ESCENA TERCERA

JOB y OTBERTO

OTBERTO

¿Dónde me habéis conducido? ¿Qué sombrío lugar es este?

(Contemplando en torno suyo.)

¡Cómo! ¿Ya no está aquí el hombre enmascarado? ¡Oh, cielos! ¿En dónde estoy? ¿Será aquí? ¡Tan pronto! Tiemblo y me entra vértigo.

(Advirtiendo á JOB.)

¿A quién veo en la sombra? No, no es nada; muchas veces la noche nos engaña...

(Se dirige á JOB, palpando en las tinieblas. Su mano tropieza con la cabeza del anciano.)

¡Dios mío! ¡Es un ser vivo!

(JOB permanece inmóvil.)

Me hiela el sudor del crimen. ¿Será esto el cadalso y será ésta la víctima? Triste Fosco, á quien es necesario que yo hiera esta noche, ¿sois vos? Respondedme... Calla, debe ser él. ¡Oh! Quienquiera que seáis, habladme, yo no os tengo ningún odio, yo lo ignoro todo, yo ignoro por qué permanecéis inmóvil, y por qué no os levantáis, terrible, á mi paso. Os soy desconocido, como vos á mí. ¿Pero sentís, por lo menos, que mis manos no estaban hechas para esto? ¿No veis